

solamente no lo observan, sino que lo menosprecian y lo humillan. El menosprecio es el ultimo grado de la ofensa; es lo que las gentes del mundo perdonan menos, — porque no es un acto irreflexivo, sino cometido deliberadamente y sabiéndose muy bien lo que se hace, no solamente pisoteando el precepto natural y divino de la caridad fraternal, sino ultrajando esta misma caridad. Se olvidará una injusticia, se olvidará también una insolencia; pero no se olvidará un desprecio. Porque este es un rebajamiento de la persona despreciada, lo que constituye el mayor ultraje que se pueda hacer á la caridad. Pues bien, es este ultraje que cometen los que menosprecian á su progimo.

Ademas, cometen respecto de él la más grande injusticia posible. Es la que se desprende en parte de lo que acabamos de decir en ultimo lugar. La injusticia que se comete con el progimo es tanto más grande, cuanto que el bien que se le arrebató es más precioso, ó que el agravio que se le causa es mas grave. Pues cuál es el bien más precioso que poseemos en el orden temporal, es decir, con esclusión solamente de la gracia y de todo lo que ó ella se refiere? Es la riqueza? de ningún modo; puesto que no cesa de dar oro y plata para procurarse otros bienes, que se juzga preferibles. Es la salud? no es ella tampoco, y no es la vida misma, porque con frecuencia se sacrifica deliberadamente su salud y su vida, por cosas que, naturalmente, se estima más que la vida y la salud. Para no estender en más nuestras averiguaciones y entrar en otros detalles, os diré que, segun la opinión comun de los hombres, nuestro más precioso bien aqui bajo, es la justa estimación á la cual tenemos derecho en la opinión de nuestros semejantes, segun nuestras cualidades y nuestros meritos: ése bien, jamás se sacrifica por adquirir sea lo que fuere; pero nó se vacila, si el caso llega, en sacrificar todos los otros para conservarla. — Pues bien, preguntaré, qué hacen de este primer bien natural del hombre aqui bajo, los que desprecian a su progimo? Le respetan? nó le lesionan? Ellos le respetan tñ poco, que le desgarran, le pisotean y le anonadan. Los que odian y detestan á su progimo pueden todavía estimarle, y es lo que sucede frecuentemente. Pero los que le despre-

cian no conservan ya para él la menor partícula de estimación. El desprecio y la estimación son dos cosas inconciliables, puesto que nó se puede, al mismo tiempo, estimar y despreciar á alguno. Aquellos que desprecian á los demas, han cesado de estimarlos; y al cesar de estimarlos, cometen respecto de ellos, así como acabamos de hacerlo ver, la más grande injusticia posible. Injusticia tanto más criminal, cuanto que ella puede ser injustificada y sin razon. Por ejemplo, quién hubiese despreciado á la Magdalena á los pies del Salvador, en casa del fariseo Simon, nó hubiese despreciado un alma ya justificada? Y cómo sabemos nosotros lo que pasa en el corazon de los que despreciamos, aunque hubieran sido hasta entonces pecadores contumaces 1?

1. Cierito es que podemos aborrecer el pecado, cómo la cosa que más se detesta; pero el pecador, objeto de su ternura, y de la cual se sirve cuando le place para hacer brillar las riquezas de su bondad, y para hacer aperecer la fuerza de su poder, no nos es nunca permitido el menospreciar: compadezcamos su estado: roguémos por él, gimámos al pie de los altares; pero créamos, al propio tiempo, que si hubiera recibido las mismas gracias de Dios, quizás habria hecho un mejor empleo que nosotros, y que si estuviéramos en la misma situacion, seríamos todavía más debiles que él; esperémos que *en donde hay abundancia de pecado, habrá un dia abundancia de gracia*. Rom. v, 20; y sepamos que de tratar á un pecador con desprecio, porque tenemos la insolencia de asegurar que no se convertirá nunca, es juzgarle y condenarle; lo que nos está absolutamente prohibido; Luc, vi, 37; es poner limites al poder infinito de nuestro Dios: lo que es una temeridad insolente: *Su brazo no está limitado, de suerte que no pueda ya salvar*, Isa. LIX, 1; y el mismo que há sacado la luz de la nada hará lucir cuando la placera la luz de su verdad en las más espesas tinieblas; II. Cor., iv, 6; porqué *el que ha caído no puede levantarse?* dice el profeta Jeremias, viii, 4. Así el fariseo reprobado debe hacer temer á los que se creen justos, porque se ven exentos de grandes pecados; y el publicano justificado debe tranquilizar á los pecadores, puesto que pueden deducir de su ejemplo que aun cuando estuvieren abrumados por el peso de sus pecados, con tal que una humildad profunda les rebaje por debajo del resto de los hombres, pueden esperar todo de la misericordia de Dios. — Despues que el

Los que menosprecian á los demas se hacen igualmente culpables de escandalo. Dar publicidad al desprecio que se tiene por sus semejantes es un ejemplo detestable. Demasiado propensos somos ya, por la corrupcion de nuestra naturaleza, á rebajar y á menospreciar á nuestros semejantes, creyendo, por éso, engrandecernos y honrarnos. Los que desprecian á su progimo, contribuyen á fortificar esta mala inclinacion; y al mismo tiempo que ofenden y lesionan á los que menosprecian, son para los demas una causa eficiente de desmoralizacion.

Por ultimo, la espresion del menosprecio que se tiene por los demas es particularmente propia para hacer surgir odios y venganzas. Cómo, en efecto, la persona despreciada podria, si nó es muy cristiana, nó probar las consencuencias del resentimiento hacia la persona que la desprecia? Cómo podria no resentirse y no desear

Salvador del mundo ha declarado á los fariseos que *los publicanos y las mujeres de mala vida les precederán en el reino de Dios*, Mat. xxi, 31, tenemos razon para descansar tranquilamente en algunas obras que hacemos, pero que son quizás rechazadas por el Señor por la confianza que tenemos en nosotros, *in se confidebant tanquam justis*; es justo el mirar con desden á los que no hacen otro tanto, pero que pueden salir instantaneamente de la esclavitud del pecado, y adelantar más en un dia en el camino de la virtud, que nosotros hemos hecho en un año? *Et aspernabantur cæteros*. Sin embargo no hay nada tan comun cómo el ver cristianos que tratan á los pecadores cómo los fariseos trataban á los publicanos, es decir, cómo gentes sin fé, sin Dios, sin ley; cómo el ver que se separan de ellos, no por una justa desconfianza de ellos mismos, que les hace temer la frecuentacion de los impios, por miedo de corromperse con los que estan corrompidos; sinó por ver que esto séa el orgullo, que esto séa el fausto quien les empide tener con ellos ni trato, ni relacion, cómo si no dudáran que no estuviésen ya reprobados por Dios; los hay quiénes se hacen un merito el desacreditarlos en publico, muy lejos de tener *esta caridad que cubre los pecados*, I. Petr. iv, 8, ó este temor legitimo de engañarse igualmente juzgando bien de si, y mal de otro. Es la injusticia que se advierte évidentemente en el ejemplo que no es propuesto. (Mommorrel, Hom. 10. sem. despues de Pentecostes. Lunes.)

el poder vengarse? Sí, por esto mismo que el menosprecio ultraja y lesiona más gravemente al progimo, es causa de los odios los más violentos y de las venganzas las más atroces. Se crée siempre no detestar bastante á quien há querido envilecernos; se crée siempre no haber devuelto bastante mal á quien nos há dirigido los más sensibles golpes que él ha podido ¹.

1. *Et aspernabantur cæteros*. Arias legit: « Nihil facientes cæteros. » Dionysius Carthusianus ex hoc pharisæorum, quo reliquos omnes aspernabantur contemptu, falsas minusque solidas eorum deducit fuisse virtutes, inquit: « Denique ipsa eorum aspernatio ostendit, quod vere justis non erant. » Pro cuius confirmatione sancti Gregorii adducit auctoritatem, dicentis, hom. 34. in Evang.: « Vera justitia compassionem habet, falsa dedignationem; quamvis et justis soleant recte peccatoribus dedignari: sed aliud est, quod agitur typo superbie, aliud quod zelo disciplinae. » — Minatur Spiritus Sanctus, per os Isaie prophetæ, condignam contemptoribus hisce pœnam, nimirum: *Væ qui spernis, nonne et ipse sperneris? cum fatigatus desieris contemnere, contemneris*. Quorum mores fusius porro idem prose quitur Carthusianus, discursu sequenti: « Nec in vero spiritualis vitæ fundamento se figunt, sed religiosiores cupiunt apparere, et, cum carnales sint, spirituales se arbitrantur. » De quibus proinde loqui voluisse existimat sanctum apostolum Judam, in illo Epistolæ suæ textu: *Hi sunt, qui segregant semetipsos animales, spiritum non habentes*. — Quemadmodum nulla est infirmitas corporalis, quæ ita affligit unum, quin non etiam quemcunque possit invadere alium (utpote qui omnes ex una eademque fragili et corruptibili compingimur massa) ita pariter nulla datur animæ alicujus macula talis, quam non possit quæcunque contrahere alia, et de facto contractura sit, nisi Deus speciali auxilio et gratia sua tum assistat tum præservet. Nullus omnino a nobis despiciendus est, maxime in rebus spiritum concernentibus; non solum quia virtutis, amoris aut gratiæ divinæ, in proximi anima latentis, thesaurus absconditus est ab oculis nostris, sed etiam, quia nescimus, quid tandem in illa, a nobis contempta, anima Deus operari velit. Contingit quandoque, quod domum quis intret sculptoris, vidensque projectum in terra saxum aut lignum parvum, credat, illud igni destinatum esse, ut comburatur; sed longe aberrat, de uno namque formabitur crucifixus, de altero vero statua v. g. sancti Francisci. Ita pariter *potens est Deus de lapidibus istis suscitare filios*

Conclusion. — Tál es, cristianos, por un lado, la locura de los que se complacen en ellos mismos cómo siendo justos; y por el otro, tál es el crimen de estos mismos hombres que, no contentos con complacerse, menosprecian á sus semejantes. Evitémos, en cuánto á nosotros, yá esta locura, yá este crimen. Evitémos la locura de créernos justos, puesto que no sabemos si lo somos; que si lo somos, es á Dios solo que lo debemos; y que, por ultimo, ignoramos si lo serémos hasta el fin de nuestra vida. Evitémos el crimen de despreciar á nuestros semejantes, lo cual ultraja á la caridad, lesiona al prójimo en su derecho el más sagrado, escandaliza á los débiles, y provoca los odios los más vivos y las venganzas las más implacables. Evitémos este locura y este crimen, que fueron particularmente la locura y el crimen de los fariseos, Evitémoslos con toda atención de que somos capaces; porque del

Abrahæ. Luc. III, 8. Si quis nostrum ambos illos in prætorio Pilati vidisset latrones, qui cum Christo crucifixi sunt, quis credidisset unquam, quod alteruter illorum præ sancto Joanne Baptista, præ sancto Petro, præ dilecto discipulo, imo præ ipsa sanctissima Virgine et Matre Dei, introitum habiturus esset in paradysum, juxta illam æternæ veritatis vocem: *Hodie mecum eris in paradiso.* Luc. XXIII, 43. 7. Quando filius Bernardoni exercebat mercaturam, cumque coætaneis suis ad libitum divagabatur, quis talem in eo præsumpsisset exitum, qualem tandem omnipotentia et sapientia divina mediante, nactus est. Non contemplerur sublimem in equo apostolum, quando erat *adhuc spirans minarum et cædis, in discipulos Domini*; act. IX, 1; sed miremur prostratum in terra, et dicentem: *Domine, quid me vis facere?* — Erant equidem familiaria S. Philippo Nerio verba ista: « Spernere mundum, spernere nullum, spernere seipsum, spernere se sperni. » Sed immediate iis subjungere solebat: « Hæc sunt dona superni. » — Ut bonorum a nobis factorum operum merita tuta conservemus, non ea magni faciamus necessum est, quia *cum feceritis omnia, quæ præcepta sunt vobis, dicite: Servi inutiles sumus.* Luc. XVII, 10. Proximos nostros, et in meritis, et in amicitia divina superiores nobis reputare debemus. Unde optime nos admonet S. Gregorius, Moral. XIX, 17, verbis sequentibus: « Perit omne, quod agitur, si non sollicitè in humilitate custoditur. » (MANSI, *Ærar. Evang. dom.* 10, post Pentec.).

mismo modo que esta locura y este crimen fueron la causa de la reprobación de los fariseos, de igual manera serian ellos inevitablemente la causa de la nuestra! lo que no permita Dios. Así sea.

DECIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

SEGUNDA INSTRUCC'ON.

La oracion del fariseo.

I. En que postura la hace. — II. De qué dá gracias a Dios. — III. Necesidades que se reconoce. — IV. Lo que pide á Dios.

No hay como los buenos éjemplos que sea tan útil ponerse ante los ojos; la vista de una falta, de un vicio, de una mala accion, puede sér algunas veces tambien estremadamente saludable. Efectivamente, si el buen éjemplo predica con elocuencia lo que es necesario hacer, el mal éjemplo, en algunas circunstancias, no es menos elocuente para hacernos saber lo que es preciso evitar. Se cuenta que los Espartanos, pueblo celebre antiguamente, no habían encontrado nada mejor, para inspirar á los jovenes ciudadanos el horror por la embriaguez, cómo el de embriagar esclavos y presentarlos al publico en este estado. Es igualmente, á fin de desviarnos lo más fuertemente posible de imitar la conducta de los fariseos¹, que Nuestro Señor nos pone hoy ante los ojos el ejemplo de uno de ellos, en el cumplimiento del deber de la oracion. La manera cómo cumple este deber es, en efecto, defectuosa bajo todos conceptos. Es lo que vámos á ver, examinando el relato del Evangelio: en primer lugar, en que postura el fariseo hace su oracion; en se-

1. Hay todavia muchos fariseos en medio del Cristianismo; se puede tambien decir que, si buscamos bien, encontrariamos á todos, en el fondo de nuestro corazon, un germen secreto de fariseismo. (Déhaut, *El Evang. esplic.* 2, p. rec. 5).